

# Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

## Homenaje a D. Teodoro de San Román.

Discurso leído en la sesión pública por  
el Académico Numerario D. Constantino  
Rodríguez y Martín-Ambrosio, el día  
21 de enero de 1934. \*\*\*\*\*

D. Teodoro de San Román, como acadé-  
mico, como toledanista y como profesor.

La Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, viene hoy a realizar un acto de compañerismo, de amor filial y de justicia. Al rendir este homenaje a la memoria de D. Teodoro de San Román y Maldonado, cumple deberes de fraternidad al añorar con tristeza el recuerdo del amigo y compañero que en entrañable camaradería compartió tantos años, con los que fueron y los que son, las nobles tareas de investigar y propagar las glorias toledanas; de íntimo amor filial, porque los aquí congregados no lloramos sólo al compañero de Academia, sino al que ostentando tan dignamente el cargo de Director de la misma, era, desde hacía mucho tiempo, el verdadero padre de la Corporación, ya que por diversas circunstancias, fué el que con su tesón, con su entusiasmo y con su interés, la sostuvo y dió aliento vivificador hasta agotar sus energías; es al mismo tiempo un acto de justicia, porque por los servicios prestados en la Academia y por su destacada personalidad en las distintas esferas de la vida toledana durante muchos años, es merecedor, por lo menos, del tributo de admiración de los que fueron testigos de su obra, procurando que su recuerdo se grave con caracteres indelebles en la memoria de todos los toledanos.

En su dilatada vida en nuestra ciudad, ya hemos indicado que aplicó su actividad a varios aspectos de la vida local, procurando en todos ellos derramar los frutos de su inteligencia y de su trabajo en beneficio de Toledo y de los toledanos.

Examinando las características de la vida toledana de don Teodoro de San Román, encontramos en ella tres aspectos principales que reflejan con bastante exactitud la calidad e intensidad de su obra. Tales son: D. Teodoro como académico, como toledanista y como profesor. Intentaremos, pues, trazar algunas pinceladas que nos permitan presentar a grandes rasgos la recia personalidad de D. Teodoro en dichos tres aspectos.

Entusiasta de las glorias toledanas y amante como el que más de su vulgarización y resurrección, fué de los que alentaron con más fuerza la idea surgida en la mente de un grupo de fervientes admiradores de nuestras pasadas grandezas, de crear un organismo científico, que al par que sirviera de conservador de todo lo conocido de la historia y el arte de nuestra ciudad, fuera al mismo tiempo reactivo vivificador de todo lo oculto, refugio y vivero de investigadores toledanistas, y eficaz estimulante de la masa general toledana indiferente o dormida sobre el preciado tesoro de su riqueza.

Estos hermosos ideales son los que presidieron la creación de nuestra Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, de la cual fué uno de los fundadores D. Teodoro de San Román, en unión de otros varios y bajo la dirección del Sr. Ramírez de Arellano.

Desde su fundación fué D. Teodoro uno de sus fuertes puntales y de los que más trabajaron porque el nuevo Centro histórico-artístico toledano adquiriese el mayor prestigio posible, coadyuvando con intensidad al logro de los fines que se propusiera y a que alcanzase en la capital, en la provincia, en España y en el extranjero, el rango principal que parecía corresponderle por la importancia de su obra y por la categoría de la ciudad en que se asentaba. Como académico simplemente y como Director de la misma después, realizó esfuerzos constantes en pro de sus ideales de cultura, sosteniendo la magnificencia de su obra, mendigando, si era preciso, la protección del Estado y de las Entidades toledanas, reanimando su vida en épocas de desfallecimiento y debilidad, y consagrando su vida, sobre todo en sus últimos años, a la prosperidad y desarrollo de la Academia.

Su labor le proporcionó grandes satisfacciones e intensas amarguras. Le enorgullecía ver el prestigio alcanzado por la Academia en muchos centros intelectuales de las regiones españolas y, sobre todo, en el extranjero, principalmente en multitud de Estados europeos y americanos, de los cuales se solicitaban con afán los trabajos de nuestra Academia y desde donde muchos sabios hispanistas escribían rogando se les concediera el honor de figurar como miembros de ella en calidad de Académicos correspondientes, llevados sin duda de la aureola prestigiosa que el nombre de Toledo tiene en las tierras extrapeninsulares. Al lado de estos alientos de fuera sufrió también los sinsabores de los desdenes y de la indiferencia de los de dentro. Las amarguras, aunque parezca imposible, venían precisamente de los elementos toledanos, es decir, de aquellos que lógicamente parecía que más debían interesarse por la vida y prestigio de la Academia. A pesar de sus esfuerzos, le causaba honda pena ver que no se lograba romper el hielo de la masa toledana y de gran parte de sus elementos dirigentes, que lejos de ayudar y favorecer su desenvolvimiento económico y cultural, restaban o suprimían de los presupuestos de las corporaciones oficiales las pequeñas subvenciones que en ellos figuraban. Permitidme que en este momento haga correr por mi mente una ola de optimismo y conciba la esperanza de que dichas corporaciones, y los toledanos en general han de rectificar su anterior conducta suicida, y, que en homenaje al que tanto laboró por las glorias de la ciudad, prestarán su calor y apoyo a esta Academia.

Con multitud de trabajos y mociones contribuyó D. Teodoro al acervo científico de la Academia, además de su colaboración y apoyo a los trabajos de los demás. Entre otros, merecen especial mención: el Examen crítico del reinado de Alfonso X el sabio, el Discurso consagrado a conmemorar el IV Centenario de Felipe II; el Discurso sobre la personalidad histórica de Cisneros con motivo del IV Centenario de su muerte; los Discursos de contestación en las recepciones de los académicos Sres. del Pan y Lillo; la interesante moción sobre ¿Bargas, colonia judía?, y otra multitud de estudios, proposiciones, aportaciones de datos o informes, ya por sí o en representación de la Academia, a requerimiento, a veces, de diversas entidades, o ya por el afán de aclarar o estimular el conocimiento de cosas, de documentos y de rincones toledanos.

No es menester hacer resaltar que en todos esos trabajos se

refleja la vasta preparación y cultura histórica del erudito académico, su interés en ampliar las páginas de la historia de Toledo, su arraigado catolicismo en la exégesis de los hechos y la recia contextura de un estilo claro, terminante y categórico en la expresión.

En los Archivos de esta Academia y en sus libros de Actas, quedará la huella de la labor académica de D. Teodoro de San Román como el modelo perenne a imitar por todos los académicos que más aspiren a contribuir al prestigio de esta Corporación.

\*\*\*

Intimamente enlazada con su labor académica está su personalidad en el segundo aspecto que nos hemos propuesto considerar, o sea, como toledanista en general. Nos queremos referir en este aspecto a toda la labor que realizó en defensa de los intereses de Toledo, en la variedad de facetas que ofrece la vida de una ciudad, es decir, interviniendo en la vida municipal para tratar de encauzar por los derroteros más acertados los problemas locales de gobierno, de administración y de engrandecimiento, en armonía con la especial significación de una población del abo-lengo de Toledo.

No es nuestro propósito el hacer aquí una enumeración detallada de la serie de campañas sostenidas por D. Teodoro de San Román, como concejal y teniente de Alcalde, en las deliberaciones del Consistorio toledano, en pro del buen nombre de nuestra ciudad. Queremos únicamente rendir en este aspecto un homenaje a la memoria de un hombre que, sin haber nacido en Toledo, se compenetró de tal manera con estas piedras milenarias, y de tal modo se sensibilizó su corazón con su contacto, que el toledanismo adquirió en él carta de naturaleza con un ímpetu arrollador, con una intención tan pura y desinteresada y con un amor tan grande, que en cuerpo y alma se consagró a procurar por todos los medios a su alcance la prosperidad y el prestigio de la urbe toledana.

Es natural, dada su personificación, que frecuentemente su labor en este aspecto estuvo íntimamente relacionada con la labor académica, toda vez que la defensa del patrimonio histórico y artístico de Toledo hubo de ser el eje primordial de sus campañas concejiles y en muchas ocasiones sus intervenciones municipales

y académicas derivaban mutuamente de asuntos palpitantes de una y otra Corporación.

Seguramente gran número de los que me escucháis, ya que por ser más populares son más notorias, habéis sido testigos de las campañas municipales del fervoroso toledanista. Todos recordaréis la extrema virilidad, la suprema energía, la indomable independencia y el gran entusiasmo que ponía D. Teodoro en la defensa de sus iniciativas en pro del Toledo histórico y artístico o en su protesta contra los atropellos, que a veces, por el desconocimiento o la incomprensión, veía que se cometían contra el tesoro que nos legaron nuestros antepasados. Y aún es de apreciar mucho más el mérito de sus empresas, tachadas con frecuencia de románticas y quijotescas, cuanto que por lo general se encontraba solo en el palenque de la lucha y con su lanza en ristre arremetía valeroso contra sus impugnadores, sin decaer un momento en la pelea, ni aun ante los dardos ponzoñosos de apreciaciones burlescas de sus rivales, ni ante la seguridad consciente de su derrota. Como el héroe de la obra cervantina, caía al fin impotente arrollado por la fuerza y la ingratitud de los contrarios, pero pregonando hasta el último momento la excelsitud de la obra que defendía.

Como sucede en la vida de estos luchadores, ¡cuántos ratos amargos pasó D. Teodoro en su noble obra de defensa de sus ideales toledanos! Estando al borde del sepulcro y cuando herido de muerte yacía casi inerte en su casa bajo el peso abrumador de terrible desgracia, en uno de esos arranques tan peculiares de su carácter y sacando fuerzas de flaqueza ante la indignación que le produjo un hecho, que no hay por qué mencionar aquí, bajó a los escaños municipales, y con la energía que le quedaba, dejó oír su voz por última vez en defensa de lo que él estimaba digno de la prestancia y de la historia de Toledo. Quizás este postrer esfuerzo aceleró algún tanto el momento del fin de su existencia, pero en su honor cabe hoy proclamar que su obra toledanista fué tan intensa y fervorosa, que su última salida y su último acto en su vida de relación social, fué un sacrificio en holocausto de Toledo.

Sería prolijo y además innecesario y superfluo, el enumerar la serie de intervenciones y campañas sostenidas por D. Teodoro de San Román en favor de los ideales toledanos. Solicitar constantemente la protección municipal para la conservación de los

monumentos artísticos de la ciudad y oponerse con todas sus fuerzas a todo aquello que tendiera a desvirtuar o a poner en peligro algo que atañase al acerbo típico de la misma; llamar la atención de los ediles municipales sobre las glorias de la historia toledana, tratando de perpetuar su recuerdo con homenajes más o menos lapidarios, que sirvieran de enseñanza a las generaciones presentes sobre los que produjeron nuestra grandeza en las generaciones pasadas; fomentar por todos los medios la atracción turística a nuestra ciudad; resucitar las tradiciones toledanas de nuestro concejo para hacer rivivir en él aquel ceremonial que tanta dignidad y prestancia le dieron en las épocas de su grandeza. En la mente de todos los presentes está la vigorosa campaña de protesta realizada virilmente por D. Tedoro a raíz de la constitución del actual municipio, con aquellos acuerdos, de triste recordación, sobre el cambio de rotulación de calles, en que la pasión infringió tan grave daño a la significación histórica de Toledo y que atrajo la protesta unánime de España entera y de muchas entidades de América, gracias a las ardorosas filípicas del infatigable defensor.

\*  
\* \*

Mas entre todas sus características se destaca con mayor vigor, la que fué faro luminoso de su existencia e ilusión constante de su actividad, cual fué su labor en el Profesorado. Maestro por esencia, presencia y potencia, con el carácter de catedrático de Geografía e Historia de nuestro Instituto de 2.<sup>a</sup> enseñanza, vino a nuestra ciudad, en la que ha permanecido hasta su muerte, durante cuarenta años.

Hasta su jubilación oficial, al cumplir los setenta años, se dedicó esencialmente, ofreciéndole sus mayores esfuerzos a las enseñanzas propias de la cátedra que desempeñaba; y cuando la rigidez seca del cumplimiento de las disposiciones legales le apartó de la vida académica oficial, cuando sus energías físicas e intelectuales prometían seguir produciendo sazonados frutos, el maestro se alejó forzosamente y triste del Centro de sus amores; pero su vocación para la labor educativa e instructiva, seguía latente con ímpetu arrollador, y en distintas formas y más o menos directamente, siguió enseñando a chicos y grandes, manteniendo su actividad pedagógica.

Fué, pues, una vida consagrada por entero a la enseñanza.

¡Enseñar al que no sabe! Sublime obra de misericordia que llena una de las necesidades más grandes de la humanidad, calificada como santa por los preceptos divinos. Misión que ennoblece al hombre haciéndole cada vez más hombre, puesto que cuantos más conocimientos atesora su inteligencia, el horizonte de su razón se agiganta más y más, y más se diferencia de los seres irracionales. ¡Enseñar! Hacer penetrar al hombre en los arcanos de la naturaleza; hacerle ver lo que es y lo que tiene derecho a ser; hacerle sabedor de sus derechos y de sus deberes; hacerle ser un buen ciudadano para prestar debidamente la colaboración que le corresponde en el desarrollo de la vida de su hogar, de la patria y de la humanidad. Hermosa obra y altísima misión la de los educadores de los pueblos.

Sin embargo, la tarea de la enseñanza es una obra, por lo general, oscura, callada, humilde, sin gran relieve para el que la realiza. El profesor ha de sentir hondamente la vocación de enseñar y pensar únicamente en la satisfacción de su conciencia ante el íntimo convencimiento del deber cumplido y del beneficio que reporta a sus semejantes; no puede, en modo alguno, adscribir su obra a la esperanza del halago a su vanidad, tan natural en el hombre, por el reconocimiento nacional de sus éxitos de educador. Y así como en multitud de profesiones el mérito profesional de multitud de sus individuos alcanza la celebridad, en cuanto sobresalen algún tanto del nivel ordinario, y el médico adquiere fama general por sus operaciones quirúrgicas, y el abogado por unos cuantos informes brillantes, y el ingeniero por sus obras atrevidas, y el militar por su heroísmo en la guerra, y el gobernante por sus acertadas disposiciones, etc., etc., pocas veces veréis la celebridad de los buenos profesores, pues si alguna y rara vez hace su nombre popular, es debido generalmente a la concurrencia de alguna otra actividad, ya política o investigadora, pero casi nunca, exclusivamente por su labor pedagógica.

Esto es debido sencillamente, a la índole y al medio en que se desarrolla el trabajo educativo.

El que recibe las enseñanzas, o sea el alumno, por la edad a que las recibe, sobre todo en la primera y segunda enseñanza, no se da perfecta cuenta del valor y de la importancia de la obra realizada por el profesor ni tiene reflexión suficiente para apreciarla en toda su integridad, guardando, cuando más, algo de animadversión si fué suspendido y algo de afecto si obtuvo

buenas calificaciones. Después, los alumnos se dispersan, y sólo cuando son hombres, reconocen algunos aisladamente la labor del buen profesor. Además, la obra de la enseñanza, es obra de formación, de preparación paulatina del futuro hombre, no de inmediato éxito y de resonante consecuencia; y de aquí el que sea poco propicio al reconocimiento general de su bondad.

Toda esta labor, y en esas condiciones, es la que realizó don Teodoro de San Román durante toda su vida de sesenta años de enseñanza. ¡Qué cúmulo de energías intelectuales, físicas y morales derrochadas en beneficio de la juventud española! Sólo la robustez de su naturaleza, su clara inteligencia y su vocación irresistible fueron capaces de soportar labor tan agotadora en un período tan dilatado. Porque la enseñanza ejercida con la plenitud de actividades que requiere, es decir, entregándose a ella en cuerpo y alma, como se entrega el que tiene la vocación de maestro, no es como el vulgo profano suele creer, una tarea cómoda y sencilla reducida a sentarse en un sillón, en una sala confortable y con cara dura, dominando autoritariamente a un auditorio fácil y sometido; la enseñanza, en el verdadero maestro, es algo agobiante que requiere la concurrencia constante de las energías físicas, sobre todo del sistema nervioso en tensión continua ante las múltiples facetas que ofrece la naturaleza y la edad de los jóvenes educandos para mantener su atención y la disciplina en las clases; es un desgaste continuo de la inteligencia que ha de fronarse así misma en una constante agilidad para metodizar los conocimientos que transmite y ponerlos al alcance de los alumnos; y es al mismo tiempo un sufrimiento moral ante los diversos casos de incomprensión en que ya por dificultades de la materia o por insuficiencia mental o de atención de algunos de los oyentes, ve el maestro que no ha obtenido el aprovechamiento que su interés y entusiasmo aspiraba, en la medida y amplitud que deseaba.

Seguramente muchos de los que me escucháis, habéis sido testigos, como yo, de la forma en que D. Teodoro de San Román realizaba su misión en la clase de Geografía e Historia del Instituto toledano; y ahora que ya sois hombres, y algunos dedicados también a la enseñanza, apreciaréis en todo su valor la labor de nuestro llorado maestro, y estaréis conforme conmigo, en que, siendo ciertas las observaciones que expongo, el mérito de la dilatada obra educadora de D. Teodoro adquiere proporciones verdaderamente excepcionales y admirables.



D. Teodoro tenía un concepto tan elevado de la misión del catedrático, que la función cotidiana de la enseñanza gustaba rodearla de la mayor suntuosidad posible, y hasta en su aspecto externo acudía a ella como el que asiste a una solemnidad extraordinaria, pensando sin duda que siempre en la historia de los pueblos el ropaje y la ornamentación han contribuido poderosamente al prestigio de las instituciones.

Todos recordaréis que, hasta sus últimos tiempos, D. Teodoro asistía a diario a su cátedra del Instituto ataviado con sus mejores galas, todo pulcritud y prestancia y cubierta su cabeza con su sombrero de copa, que si incómodo como prenda, en él significaba el orgullo noble de su cargo, no el vano y superficial de los petulantes.

Al solo aviso de que subía por las escaleras del Instituto, dado siempre por algún estudiante situado en las avanzadas, los discípulos, al grito ¡que viene D. Teodoro!, suspendían sus expansiones juveniles en el patio y agrupados a la entrada de la clase recibían a su profesor con el saludo cariñoso y el respeto más acendrado.

Las clases de D. Teodoro eran modelo de atención y disciplina. Afable en el trato con el alumno, su carácter recto y su competencia subyugaba la atención de los discípulos, que silenciosos y con creciente interés seguían paso a paso las explicaciones del maestro, que con claridad y métodos admirables, imbuía en las tiernas inteligencias los temas esenciales de la Geografía y de la Historia. El diálogo directo con el alumno era su procedimiento ordinario de enseñanza, y con habilidad pasmosa y aplicando los resortes pedagógicos adecuados, desentrañaba admirablemente el grado de comprensión del alumno en la materia de que se tratase, y, sencillamente, le aclaraba sus dudas, le resolvía las dificultades y terminaba haciéndole comprender exactamente todo lo referente al asunto explicativo.

Ya hemos indicado que la rectitud y la energía eran blasones inherentes a su carácter. Estas cualidades las aplicaba constantemente en el ejercicio del profesorado, tanto en la labor de clase como en la función examinadora, e igualmente en las funciones directivas en los años en que ejerció la dirección del Instituto. Dada la frecuente incomprensión de los hombres, el mal entendido interés de muchos padres en los estudios de sus hijos, la irreflexión de la juventud y otras circunstancias propias de la

imperfección humana, hizo que ese carácter le proporcionara en ocasiones ratos amargos y disgustos inevitables, ya que son las espinas del jardín de nuestra profesión, pero los cuales jamás consiguieron torcer los dictados de su conciencia que siempre mantuvo con indomable entereza.

Toledano verdad por adopción voluntaria y entusiasta; español de corazón; amante como nadie de sus glorias históricas y católico fervoroso en lo más íntimo de su alma, estos tres puntos esenciales resplandecen con luz vivísima en sus enseñanzas y explicaciones de cátedra. Procuró despertar en los alumnos toledanos el amor a nuestra querida ciudad, siendo paladín esforzado de las grandezas y glorias de la historia de nuestro pueblo, que hacía resaltar intencionadamente en todos aquellos puntos de la historia nacional en los cuales tenía parte principalísima nuestra ciudad. Poseído de sincero patriotismo, en sus explicaciones brillaba siempre la admiración a España, el culto a sus héroes y a las grandes figuras de nuestra historia, haciendo penetrar en el ánimo de la juventud el primerísimo papel que nuestra patria ha desempeñado en los destinos de la Humanidad, y los múltiples motivos que tenemos para amarla, reverenciarla, y, si es preciso, sacrificarnos por ella. Como católico ferviente, sus enseñanzas siempre imparciales y desapasionadas, estaban impregnadas siempre del espíritu religioso, procurando hacer resaltar la influencia del cristianismo en la vida de los pueblos.

Estas son, a grandes rasgos, las características de D. Teodoro de San Román como profesor, sencilla y pobremente dibujadas por mi torpe inteligencia, pero que a falta de otras perfecciones tienen la cualidad de que son hijas del convencimiento y del cariño sincero de uno de tantos de las múltiples generaciones de estudiantes toledanos que recibieron las enseñanzas del sabio maestro, a las que indudablemente debe en gran parte el honor que me cabe en la actualidad de ser su sucesor directo en la misma cátedra que desempeñó.

El nombre de D. Teodoro de San Román, como profesor, perdurará eternamente en el alma de los que fuimos sus discípulos; como académico, en la memoria de todos los que hayan tenido y tengan relación con esta Academia; y como toledanista, en la mente de todos los que de corazón sean amantes de la inmortal Toledo.

HE DICHO